



Huellas. La lectura y escritura en la cárcel para reconstruir la identidad

Jésica Delgado*

Cuando llegamos a la Cárcel de Mujeres Nº 33, el día es limpio, luminoso, y el cielo es un paisaje celeste sin trazos de nubes. Cuarenta y cinco minutos duró el viaje en micro desde el centro platense antes de estar ahí, en las calles 149 y 70 del barrio de Los Hornos. “La Unidad 33 fue inaugurada el 29 de marzo de 1999. La característica primordial de este establecimiento es la de poseer un pabellón destinado al alojamiento de internas embarazadas y de madres con niños menores de 4 años. Actualmente la unidad cuenta con 62 internas madres y aproximadamente 71 niños menores de 5 años de edad” [1], dice sobre el penal el sitio web del Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB). Antes de ir, lo único que sabíamos sobre este lugar era eso.

Cerca, hay un arroyo ahora seco y un descampado extenso y fértil en donde crecen por igual yuyos y árboles. Más allá está la 66, una de las avenidas principales, que estalla en una marcha incesante de vehículos. Dos chicos pasan en bicicleta. Luego, una mujer y su hijo en brazos. Más tarde, una pareja tomados de la mano. Pero acá adentro, nada de estas cosas nimias se ven. Acá, sólo es escuchar el trino amable de los pájaros, quizás sentir el viento cálido de la primavera y, sólo en el patio, ver ése cielo celeste sin trazos de nubes.

Desde afuera, vemos una manzana completa circundada por altos paredones y garitas de vigilancia con las ventanas rotas. Hace años, meses o días que viven aquí: entre pabellones numerados debajo de las pequeñas ventanas enrejadas que indican las celdas; pasillos interrumpidos con portones siempre cerrados con gruesos candados; estrictos horarios para salir de la celda y regresar; para

* Me llamo Jésica Delgado, soy estudiante del Profesorado en Comunicación Social de la Facultad de Periodismo, en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Fui integrante de espacios de educación no formal en las áreas de radio y literatura. Actualmente soy una de las docentes del Taller de Orientación Laboral (TOL) del Ministerio de Trabajo de la provincia de Buenos Aires, en el barrio de Villa Elvira. Asistí al taller de literatura para adultos del grupo La Grieta, que tiene mucho que ver con mi educación sentimental. Me gusta la poesía, la crónica periodística, escribir de noche e ilusionarme con la gente que se me cruza por la vida.

jesidex@yahoo.com.ar



comer durante el día, para estudiar, para recibir visitas. En fin, una vigilancia que las mujeres y niños que viven aquí - y porque no hay otra opción- terminan acatando. Pero nunca se acostumbran.

Como estudiantes del Profesorado en Comunicación Social de la Facultad de Periodismo de la UNLP, y gracias al soplo de diversas voluntades, logramos realizar una práctica docente en esta unidad carcelaria. Una vez por semana, entre los meses de octubre y noviembre de 2011 y durante el transcurso de seis encuentros, realizamos un taller que fusionó la comunicación y el arte teniendo como disciplina articuladora a la literatura y sus distintos formatos. El espacio tuvo como finalidad propiciar momentos de escucha y debate en torno a los textos seleccionados, así como también la producción de manuscritos. De acuerdo con lecturas previas sobre los aspectos que cobra la educación en contextos de encierro y en sintonía con nuestra propuesta pedagógica, consideramos que allí se está ante un individuo despersonalizado, sin sentimientos de armonía y pertenencia, que sucumbe ante el peso de la institución. Es por eso que apelamos a una instancia relacional de los encuentros que posibilite un reconocimiento individual proveniente del trabajo colectivo. A través de las propuestas didácticas y de la apropiación de los textos, aspiramos a crear un espacio de libertad que permitiese reconstituir las identidades de las integrantes.

En resumen, el espacio fue eso. Pero todavía es muchas cosas más. La literatura no sólo es hablar de los sentidos de los textos, también es un dialogar de los recuerdos, las vivencias, los temores, los amores, los deseos, la vida. Esas pulsiones estuvieron a lo largo de estos encuentros en que se contaron historias –las nuestras, las de todas- para reír y llorar, para encontrarles palabras que se les arrimen y descubran los sentimientos. Y esto no fue pura sensiblería, no. Fueron destellos vigorosos capaces de ponerle nombres a las cosas resignificándolas; convirtiéndolas en leyenda y poesía.

Ahora la gente pasa por la calle 149 y no mira, tan habituados están al paisaje. Pero para nosotras, que por primera vez vamos a estar del otro lado, el escenario nos fascina y nos perturba. Son las personas que viven detrás de estos paredones las que nos convocan. Esto es la cárcel y acá hay mujeres, y mujeres embarazadas y mujeres con hijos; viviendo, permaneciendo. De acá también emerge la literatura. Será difícil saber de qué está hecha, cuál es la esencia primigenia de lo que ven, rondan, pulsan a diario. Porque todo acá es mirada. Miradas de reojo, en la oscuridad, bailando entre los ruidos y los bostezos; entre tiempos que son cerrojo y durante, y ya quieren ser después.

Lo que sé: que esta literatura está hecha de muchas cosas. Y sabremos de qué. O quizás.



Pero sobre todo está hecha adentro. Acá.

Son las cinco de la tarde del día lunes 31 de octubre de 2011 y somos puntuales como pocas veces en nuestras vidas. En la entrada, dos oficiales confirman nuestras identidades pidiéndonos el documento, verificando en una pizarra llena de papeles y chinchas la carta que nos concede la autorización, y haciendo un par de llamados. Esperamos detrás de una ventana de vidrios espejados.

-Pasen.

Nos sentamos en dos sillas de plástico negro unidas entre sí y miramos el pequeño espacio: en una esquina, un armario de metal cerrado interrumpe las paredes de ladrillo hueco gris, más allá, en un estante de madera de pequeñas celdas, descansan los documentos de las personas que ya ingresaron. En el centro, en una mesa devenida en escritorio hay papeles, lapiceras, un teléfono, celulares.

-¿Ya conocen el camino?

La cocina

Mucho antes de eso, con mi amiga Vanesa Chávez pensábamos en mujeres. Estábamos en una plaza cerca del bosque platense, estiradas en un banco bajo el sol de las tres de tarde de una primavera que se empezaba a sentir. Pensábamos en mujeres y anotábamos en un cuaderno estas palabras: sociedad, instituciones, estigmas, marginación, discursos, mitos, medios, agenda, prejuicios, estereotipos, transformación, empoderamiento, identidad. Ese día, de literatura, me pareció que hablamos poco.

Para el Profesorado en Comunicación Social –Periodismo, como le dice la mayoría y yo también- la materia Prácticas de la Enseñanza es una especie de momento decisivo de la carrera. En esta instancia, toda nuestra trayectoria académica y, en mi caso, no tan académica, se pone en discusión. A lo largo de esta cursada anual los estudiantes realizamos, en parejas, dos tipos de intervenciones pedagógicas: en el primer cuatrimestre asistimos a las clases de una materia de comunicación de la escuela media, dialogamos con el docente y observamos a los alumnos en el aula intentando hacer



un diagnóstico. Luego, el profesor nos cede sus horas, retomamos el programa desde donde él dejó, delineamos nuestro propio proyecto formativo y empezamos la práctica docente. Para el segundo cuatrimestre, los requisitos previos a la intervención pedagógica son los mismos, pero lo que cambia es el lugar: *Experiencias Educativas en Comunicación en el campo de la Educación No Formal*, decía la guía de elaboración del proyecto. El panorama era amplísimo y sólo había que ir a explorar. Podría haber sido un comedor, un centro de día, una organización barrial, un centro cultural, un club, un centro de estudiantes, un hogar de niños, una O.N.G.

Pero nosotras decidimos trabajar con mujeres. Y en una cárcel.

Ese día de sol primaveral, en la Dirección de Políticas de Género del Ministerio de Justicia y Seguridad de la provincia de Buenos Aires, nos dijeron que sí, que el lugar en donde íbamos a trabajar era la Comisaría de la Mujer y la Familia de la ciudad de La Plata; que bastaban unos llamados. Y que llevemos las autorizaciones de la cátedra al área. Después del entusiasmo inicial, lo que siguió fueron días de fervorosas insistencias de nuestra parte y amables evasiones del otro lado.

Sin embargo, la charla de mujeres sobre mujeres se repetiría y, en el medio, búsqueda y lectura de artículos en internet por doquier, visitas a bibliotecas, libros prestados, fotocopias prestadas, mates, escrituras y tachones en los cuadernos, películas de las que hablamos y nunca vimos, charlas en los pasillos de la facultad, llamados, mails, más mates. Indagar la reconfiguración de la condición de género dentro de la cárcel era un tema que nos cautivó desde el principio. Queríamos que nuestra intervención favoreciera la reconstitución identitaria de mujeres que, en su mayoría, poseen escasa instrucción formal, son pobres, protagonistas de un pasado de violencia y adicciones, utilizadas para delinquir, madres de hijos a los que no ven estando presas, futuras madres de niños que en sus primeros años de vida correrán, saltarán y reirán allí; entre pasillos sinuosos, barrotes, y paredes que parecen tocar el cielo.

En el libro *Mujeres en prisión. Los alcances del castigo*, investigación realizada por el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) -publicado el año pasado-, se señala que: "(...) la estructura penitenciaria se convierte en un mecanismo social más en la construcción de las identidades de género" (2011: 9). Cuando aquella vez anotábamos esas palabras en el cuaderno, pensábamos en la condición de género y las determinaciones socioculturales que la configuran, los estereotipos que los medios masivos se encargan de instalar, los discursos dominantes, los mitos rondando el concepto



de mujer y los atributos y prejuicios que van conformando una identidad femenina errada, pero también legitimada por muchas mujeres. Ese orden de legitimidad era lo que nos propusimos desnaturalizar, brindar tentativas de explicación y favorecer posibles cambios. Pensábamos a la mujer *dentro* de la sociedad. Pero la institución carcelaria, a través sus lógicas de control y regulación, es la continuación de un poder –de distinto cariz y propósitos- que también afecta subjetividades, despersonaliza y violenta. La reconstrucción de la identidad, entonces, tendría como núcleo central la vida de estas mujeres entre los muros.

Ahí empezamos a hablar de literatura.

Desde la Dirección de Políticas de Género un día nos terminaron de patear. *No se puede. Si hacen una práctica así, tienen que tener un seguimiento más intenso. Disculpen.* Fueron amables. Pero la última amabilidad llegó dos semanas después, cuando en mi cursada de Prácticas de la Enseñanza, la mayoría de nuestros compañeros habían comenzado la intervención pedagógica. A nosotras nos hubiera sido muy fácil encontrar otro lugar para realizar la intervención y dejar como si nada toda la búsqueda teórica y personal en el rincón de los dulces recuerdos. Pero había entusiasmo y, bueno, el entusiasmo no nos dejaba a nosotras. Era como si nos movilizara.

Un mail de nuestra profesora de prácticas decía:

Llamen al Servicio Penitenciario Bonaerense. Dirección de Prensa. Teléfono... Hablar con... Suerte!

El trámite con el Servicio Penitenciario fue sencillo: hicimos un par de llamados, nos pidieron que enviemos el proyecto por correo, nos entrevistaron, volvimos a enviar el proyecto. Por último, recibimos un mail en el que nos pedían el día y horario en el que queríamos realizar el taller. Esperamos un fin de semana. Cerca del mediodía de un lunes de octubre atendí mi celular:

-Soy Gabriela, del SPB. El lugar en donde van a dar el taller es la cárcel de mujeres Nº 33, de Los Hornos.

Lo que sabemos de literatura. Lo que no sabemos del periodismo

Antes de que pasara todo eso, dije que empezamos a hablar de literatura. Pero quizás querrán saber por qué no hablar de comunicación si, en definitiva, es lo que estudiamos. Y es que me parece que estamos hablando de las mismas cosas, pero en planos diferentes. El periodismo/comunicación que



nos enseñan en la facultad en tanto dispositivo o aparato, huele a vieja receta: siempre funciona. Las producciones audiovisuales, radiofónicas y gráficas de muchos talleres comunitarios suelen tener el formato (el formato y no la organización) de la lógica mercantil de los medios masivos. El contenido puede ser radicalmente opuesto y eso es bueno, pero la estructura responde a un mero utilitarismo de los medios y esto es lo que me preocupa: que ese utilitarismo no permita la resonancia, que no vaya más allá de la escena que se vive, que no tenga como consecuencia la emergencia de un canal inédito de producción comunicacional capaz de subvertir los mensajes dominantes del capitalismo de la información. Se necesita creatividad y el convencimiento de que en esta época otros medios pueden emerger y además ser originales. Digo esto, porque estoy próxima a recibirme y no quiero decirles a mis alumnos de escuelas y talleres que para hacer un programa de radio se necesita un conductor, una co-conductora, un columnista, dos enlatados de tres minutos cada uno, un móvil y que digan lo que quieran porque así van a recuperar la palabra perdida. En el libro *El fin del periodismo y otras buenas noticias. Los nuevos medios sociales de comunicación: una hipótesis y una guía*, publicado por el medio social Lavaca [2], se afirma: “Si el circuito de comunicación tal como estaba planteado, es un elemento clave para la consagración de un poder vertical, autoritario y concentrado, una manera radical de confrontarlo es crear otro diseño, que contemple y sea capaz de albergar otra concepción de poder. Ese nuevo diseño es el que coloca en su centro al sujeto social y a su alrededor, como los rayos de un sol omnipresente, todas las herramientas de comunicación que es capaz de crear para compartir su mensaje. Estas herramientas, así se convierten en opciones y no en condiciones de comunicación” (2006: 40). Nuestra práctica docente se centró en buscar esas opciones y allí la literatura apareció como el canal de comunicación más sensitivo de todos. Porque escribir o leer son formas de comunicación. En ambos casos podemos encontrar, como un emblema, la identidad de las personas, el diálogo con el contexto inmediato, o no, en el que están insertas, y la manera en que la historia es vivida, interpretada y narrada.

Pensar en un proyecto que articule estas dos disciplinas (como si fueran cosas distintas) implicaba reconocernos como lectoras. Mientras Vanesa corría el mate, el termo, los cuadernos y apilaba en la mesa los libros que le parecían podían incluirse en el taller, yo iba sugiriendo autores, cuentos, poesías y canciones que quizás recordaba por esos mismos libros que se desparramaban en la mesa hasta casi desbordarla. Ahí nomás nos pusimos a leer algunas poesías, a tratar de encontrarle la luminosidad y el secreto. No íbamos a reducir la pluralidad de significados de un texto literario endilgándoles mensajes de autoayuda, de motivación y esperanza. Es fácil caer en esas cosas cuando



se trabaja en ambientes de extrema vulnerabilidad social. Ni moralejas, ni mensajes positivos, ni enseñanzas. La literatura no está para eso.

Dije que debíamos reconocernos como lectoras. Y es que yo soy sólo eso: lectora. Todo lo que sé de literatura me lo enseñaron los libros que sacaba de la biblioteca de la escuela nº 65, las revistas culturales alternativas y no tanto, algunas Radar y Diario de Poesía, documentales del canal Encuentro, canal á y Films & Arts, las bibliotecas, los libros que me compré con mi primer sueldo, el poemario a dos pesos que me vendió su autora en un micro de capital, algunos buenos cronistas que, como buenos cronistas que son, leen, y eso se nota cuando los lees; los amigos y conocidos hablándote de un libro que les partió la cabeza, los amigos y conocidos con los que no estás ni por asomo de acuerdo con la calidad literaria del autor de moda, la poesía, la tristeza, los cuadros de Van Gogh, los poemas que me sé de memoria, enamorarse, el surrealismo, los talleres literarios, que te lean un cuento, Salinger, Quiroga y Poe, la música de Radiohead. Creo que también me enseñó de literatura andar por la calle, caminando, sin mp3.

Entonces, ¿qué es literatura? ¿Qué es comunicación? ¿Qué es literatura y comunicación en la cárcel?

Con mi amiga nos afirmamos en la creencia de que la literatura está en todas partes y hace cuerpo con muchas cosas. Y estábamos próximas a encontrarnos con una literatura del silencio. La existencia fijada en las paredes. Una huella.

Día cero

Le decimos que no, que no conocemos el camino, que es la primera vez que venimos. El guardiacárcel aprovecha que llegan las docentes de los niños y nos invita a entrar con ellas. Caminamos por un piso de cemento a cielo abierto, seguimos por pasillos que conducen a oficinas que parecen vacías pero no lo están; doblamos, giramos a la derecha, a la izquierda y viceversa. Primera reja y unos pasos, segunda reja y un largo pasillo techado, con alambres a los costados. Desde ahí vemos los pabellones pintados de blanco, algunos a lo lejos. Y el pasto, muy corto.

Cuando la gente del Servicio Penitenciario nos confirmó realizar los talleres en este penal, nos dijo que trabajaríamos en la escuela. Ahora estamos en la escuela y hay chicos corriendo, mujeres conversando mientras fuman, olor a lavandina y humedad. Es un espacio amplio, iluminado por algunas lámparas blancas y por la luz del día que penetra a través de ventanas ubicadas cerca del alto



techo. A derecha e izquierda, pegadas a las paredes, están las aulas. Vemos su interior como si miráramos una pescera: las ventanas dan al extenso pasillo. Y adentro hay todo lo que tendría un aula de colegio de afuera: sillas, mesas, pupitres antiguos, pizarrones, tizas. Algunas de sus puertas tienen la pintura descascarada, con la madera hinchada. Pero eso también lo tendría un aula de cualquier escuela.

Más adelante, escucharíamos a nuestras talleristas decirle “la directora”. Pero ella, Mirta, una mujer bajita y de rulos castaños, se presenta como la delegada educativa y nos conduce a una de las aulas. Adentro ya hay dos mujeres. Todavía no lo sabemos, pero a una de ellas la veremos sólo hoy mientras que la otra va a estar hasta el final del taller. Nos presentamos, les decimos que somos estudiantes de periodismo y que venimos a proponer un taller de “Comunicación y Arte”, tal como nominamos nuestro proyecto para presentar a la materia. Esperamos bastante antes de que lleguen más personas. En una mesa dejamos las bolsas de plástico en donde tenemos revistas, afiches, palabras, hojas blancas, pegamento, marcadores, libros. Según el Departamento de Cultura del SPB, el primer día de taller en una cárcel obra a modo de convocatoria. Allí, ninguna interna está obligada a terminar la escuela o realizar talleres, así que el primer día tiene que servir para asegurar la continuidad del espacio, es decir, que genere el boca a boca entre las mujeres y se animen a participar. En definitiva, que se enganchen.

De a poco, se suman más participantes. Como se había corrido la voz de que éramos estudiantes de periodismo, muchas mujeres nos preguntan si el taller trata de eso, del periodismo. Y como nosotras estamos ahí para hablar de literatura, les decimos que con ella vamos bucear por las palabras, las frases, los ritmos, las historias, las vivencias, las sensaciones, los diálogos, los interrogantes, la escucha, las verdades, los secretos, las mentiras. Pero el periodismo también podría ser todo eso.

Les preguntamos qué lugar ocupan los libros en sus vidas, y algunas nos dicen que leen mucho, lo que sea, y que pasan mucho tiempo en la biblioteca. Mónica, la mujer que va estar en el espacio hasta el final, cuenta que de la biblia le gusta el libro “El cantar de los cantares” y que empezó con la lectura de un texto “sobre el pueblo judío”. También les proponemos escuchar radioarte (una forma de producción radiofónica enlazada con la sonoridad de las palabras, la influencia de diversos movimientos estéticos, los ruidos y la música) para posibilitar un espacio de escucha literaria. En ese momento, una de las participantes, que había estado muy callada en el intercambio, nos dice que ella es locutora y que le gusta hablar en público, pero que a veces le da miedo y tiene que luchar por



vencer la timidez. Otra participante se suma a la conversación y nos cuenta que su fuerte es cantar, que nunca aprendió a leer ni a escribir, pero que puede aprenderse la letra de una canción con sólo escucharla y después la canta sin equivocarse.

Decidimos empezar a jugar. Sobre la mesa ponemos unos carteles con palabras que elegimos arbitrariamente, pero que intentan ser un vehículo para su resignificación, para detenerse en ellas y buscarles la cadencia dotándolas de otros sentidos. Algunas de esas palabras, están volteadas sobre la mesa para aumentar la expectativa y la creencia en la actividad. También incluimos recortes de fotografías de revistas previendo que alguna integrante no supiera leer o escribir. Algunas cosas que salieron fueron estas:

Una mujer eligió una fotografía de dos mujeres junto a la palabra “besos” y dijo: *Una conversación entre dos mujeres que quizás termine en un beso.*

Otra eligió las palabras “ternura” y “lluvia” y dijo: *Me da ternura estar bajo la lluvia.*

Otra prefirió la palabra “aventura” junto a la foto de una peluquería y dijo: *Es una aventura ir a la peluquería.*

Esta actividad derivó en una fuerte emotividad por parte de algunas mujeres. Muchas palabras que eligieron fueron significadas destacando la importancia de los hijos, de los padres, del afuera, de la creencia en Dios. Se gestó una extensa charla en donde cada participante habló de sus emociones y se escucharon entre sí conociendo de qué hablaba la otra, sabiendo de qué se trataba ése sentir. Hubo quiebres en casi todas; nos sentimos bastante inútiles ante las historias que contaban, las dejamos decir lo que quisieran sin inquirir demasiado en ello, como dejándolas que se desahoguen. Nos sorprendió cómo brindaron sus historias ante gente desconocida; íbamos con la idea de cierto recelo para abrirse, de una actitud de resguardo como síntoma de autodefensa. La realidad nos enfrentó con mujeres vulnerables, hastiadas, tristes. Solas.

Ese día cero al taller fueron siete personas; del siguiente encuentro participaron cuatro y a los cuatro últimos sólo fueron dos. Cada tanto se sumaba alguien y permanecía una hora o media. Este fue nuestro principal problema: la imposibilidad de crear un grupo amplio. Todos los lunes le pedíamos a la delegada que llamase a las mujeres a sus pabellones esperando que participen del espacio. Pero



las únicas que asistieron sin falta desde el principio se llaman Celina Pascual y Mónica Pasos. De ellas escuchamos varias explicaciones para esto:

-Pasa que de esto nadie sabía nada, todo fue muy rápido. No tuvo propaganda. Tendrían que haber dejado afiches en las paredes-. Dijo Celina.

-Puede ser que, como acá se tocan temas muy personales, se sienten mal-. Dijo Mónica y agregó: *-A veces no vienen a los talleres para evitar peleas. Algunas se pelean y tratan de no cruzarse.*

Acá también caben otras explicaciones, como por ejemplo la responsabilidad de la institución carcelaria a la hora de facilitar el acceso a la educación formal y a diversos talleres educativos para las internas. Pero no tenemos elementos fieles para denunciar o asegurar nada, es sólo una presunción, una sugerencia. Lo señalo porque esto todavía nos interroga.

Acá. Adentro. La vida

Lo más leído en el taller fue la poesía. Ahora no sé si se fue producto de un deseo personal o el resultado de las reacciones de las integrantes ante el género. Creo que se trató de ambas cosas. Algunos de los autores que leímos y escuchamos fueron: Julio Cortázar, Wislawa Szymborska, Roberto Bolaño, Selva Casal, Luis Alberto Spinetta. Y estas lecturas derivaron en largas charlas sobre la vida. Parece simplón decirlo así, pero es verdad. En cada recuerdo, vivencia o interrogante que generaba cada lectura, ahí estaba la vida, y no ese interior inmenso en que estábamos. Ese adentro empeñado en ser sólo presente.

La idea de producir una publicación con los escritos surgidos en el taller estuvo rondando desde el inicio. Nunca pensamos que no se constituiría un grupo amplio, pero tampoco imaginamos que las dos integrantes con las que compartiríamos el espacio hasta su finalización, tuvieran una relación tan estrecha con la escritura. Celina y Mónica apenas se conocían cuando empezamos y las dos trabajaron con la misma dedicación e interés durante todo el recorrido. Para cada encuentro teníamos una consigna de escritura, pero los diálogos se extendían tanto que la dejábamos para que la trabajaran en la semana.



Pero el libro no es producto de juegos de escritura, ni de disparadores, ni de la utilización de ideas-fuerza. Es el resultado de una necesidad: la de decir. Y en ese decir, poder vincularse con otros. Durante los dos últimos encuentros decidimos bosquejar la estructura de la publicación y priorizar los escritos que se incluirían. Inevitablemente un capítulo se llamó *Cartas* porque esa había sido una propuesta surgida dentro del espacio, pero que tenía estrecha relación con la importancia de lo epistolar dentro de la cárcel: para muchas mujeres es la única manera en que pueden comunicarse con sus familiares afuera o en otros penales. A las dos integrantes, y teniendo en cuenta la lectura de personas que nunca han estado allí, se les ocurrió incluir hacia el final del libro una parte en donde se expliquen los significados de los símbolos –sonidos y creencias- de la cárcel:

Cuando a algún guardia se le cae un candado o la llave de un candado hay que pisarlo, porque eso es la libertad. Si se derrama azúcar, también es la libertad.

Dicen que si te golpean la pared, tenés que responder con tres golpes porque son los duendes que si no te quitan la libertad.

Si hay una ventana abierta y entra un pájaro también es la libertad.

Otro capítulo se llamó *Tiempos* y tiene que ver con la relación con un objeto recurrente para muchas internas: el reloj. Pero también con la noción de permanencia para muchas mujeres:

Un antes y un después

Ya pasó más de un año de estar presa, ví muchos problemas, ví situaciones donde no quiero pensar. Estoy al lado de gente vieja de años de estar acá, me han contado sus sufrimientos, penurias. A veces, cuando uno estaba antes afuera leyendo las noticias policiales, tanto sea de asesinatos, robos...pagando sus pecados, hoy nos tropezamos con todos ellos. Son estas sensaciones tan difíciles de superar. Llegué a esta unidad sin saber nada, mi miedo era total.

Hoy llevamos lenguajes distintos, miradas diferentes. El ir y venir, por una calle de afuera es el paso a donde queremos llegar, nos detiene el semáforo. Acá puertas con rejas, para traspasar y llegar al lugar solicitado.

Pidiendo paso a una celadora o celador, que marca sus tiempos, los marcan ellos, son así.

Con códigos de presas viejas nos manejamos de distintas maneras, generalmente lo usan aquellas que hace mucho que están.

Acá, en esta unidad, caminamos todas.

Mónica Pasos.

En *Miradas* decidimos sumar algunos textos inéditos de Celina Pascual como el que, durante una tormenta, mira por la ventana de su celda:



Viento y lluvia

*Viento huracanado, golpeando, todo lo que toca,
y no deja de aturdir, junto con la lluvia
que no cesa de caer.*

*Tremendos relámpagos. Acostada en la tarima
veo por la ventana los faroles, que se mueven
como los péndulos del reloj.*

Me da escalofríos al sentir y ver todo esto.

*Sensaciones que no sentía al estar en la calle,
hoy ya no es igual.*

*El agua de lluvia está formando grandes charcos,
noche oscura, todo se resplandece*

y se calca por todos lados,

un conjunto de barrotes demostrando

que sí estamos en este lugar,

buscando quizá una solución a esta verdad.

Esta tormenta que a su paso derriba todo.

Así es, como nosotras acá adentro.

Celina Pascual.

El título estaba latiendo desde hacía mucho. Quien lo cedió fue Celina, que hace un año obtuvo una mención de honor en el “Concurso literario Manuel Mujica Láinez” organizado por el municipio de San Isidro, por un poema que al principio dice:

*No sabemos,
valoramos todo
cuando nos llega esto.
Estamos en un hoyo
= Profundo=
Queremos salir y rascamos
en esta profundidad
= La salida=*

Ese día, Celina había llevado sus escritos en un cuaderno que ella misma confeccionó: tapas de papel color madera doblado y hojas, de las que usan los chicos en la secundaria, unidas con hilo de plástico. En la portada, había pintado con témpera un colorido barril, uvas coloradas y su nombre con letra prolija. Nos dijo que de poder realizar una publicación la llamaría: *La vida acá adentro*.



Todo esto que dije fue una aproximación. Es fiel a muchas conversaciones con mi compañera de prácticas, a nuestra obstinación, empeño y convicciones para llevar adelante esta experiencia. Al respeto y compromiso con que nos vinculamos con personas a las que ahora no vemos y no sé si sabremos de ellas algún día. Al respeto y compromiso con que ellas se brindaron con nosotras. Es un acercamiento. No es una verdad. Es apenas una mirada. Pero también es el resultado de un convencimiento: acá también puede haber literatura. Y en todos lados.

Tal vez no es inédita ni creativa, pero esta experiencia supone el riesgo por acercarse a la producción de otras formas de comunicación social. Creo en eso, no en estructuras ni manuales, sino en una búsqueda constante que nos saque de los lugares comunes y nos lleve a la aventura. A un lugar que nos haga un poco más felices.

Mejor, que este final tenga las voces de las autoras de *La vida acá adentro*, Celina Pascual y Mónica Pasos hablando del taller y de sí mismas en el prólogo y epílogo del libro:

Introducción

*Escuchar a otros sabiendo interpretar lo que ese alguien quiere dejarnos.
Sabido que hay alguien que nos escucha, tal vez, sintiendo de distinta
manera que una, ya que no todas “vemos” las mismas imágenes en unas mismas palabras.
Poder cambiar ideas con personas que “están del lado de afuera”, que quizás traen prejuicios de lo
que pueden escuchar aquí adentro, y llegar a entendernos y compartir sentimientos a través de la
lectura de un poema. O de estar escuchando ese mismo poema interpretado por alguien invisible que
le da sentido por la forma de expresarlo y por los sonidos que lo envuelven.
Encontrar un lugar donde “desahogar” las cosas que pasan por nuestra cabeza al pensaren los hijos u
otras personas que nos están esperando del otro lado de la reja.
Poder hacer que nuestra mente “escape” por unos momentos de la monotonía de los sonidos
repetitivos de la celda y tal vez, por qué no, plasmarlos en palabras para que alguien algún día lea y
sepa, o intente siquiera, imaginar lo que se siente de este lado.*

**Mónica Pasos
14-11-11**

Un día en la clase de literatura

*En estas charlas, nos profundizamos
a través de la lectura a sentir sensaciones.
No todas sentimos lo mismo.
Lo vemos de distinta manera.
Las técnicas expresivas que a veces
nos vemos reflejadas en nuestra vida cotidiana,*



*en el espacio o lugar donde estoy
lo llamo "Atelier".
Ya que con mis pinceles mezclo un poco
con la lectura y expresando todos mis sentimientos,
recorriendo el pasado
y viviendo el presente.
Mis escritos son sencillos,
como la vida misma,
mi forma de ser,
igual.*

Mercedes Pascual



Notas

[1] Página web del Servicio Penitenciario Bonaerense: www.spb.gba.gov.ar

[2] Dirección web: <http://lavaca.org/tag/medios-sociales>

Bibliografía

CELS (2011): *Mujeres en prisión. Los alcances del castigo*. Investigación realizada por el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Lavaca (2006): *El fin del periodismo y otras buenas noticias. Los nuevos medios sociales de comunicación: una hipótesis y una guía*. Buenos Aires, Lavaca Editora.